POESIA CASTELLANA

LAS HOJAS MUERTAS: OTOÑAL, POR F. DE ITURRIBARRÍA (PRESBITERO)

El Otoño murmura su plegaria,
eco de tristes misteriosas quejas
que de altas cumbres y brumosos valles
en haz de rimas á los cielos vuelan.
Desprendiendo sus hojas amarillas
sobre el húmedo lecho de la selva,
el abatido roble alza sus brazos,
como un creyente que se postra y ruega.
Su frente rinde al huracán sañado,
sacudiendo sus ramas, que gotean
como al soplo de inmensa desventura
vierte el dolor sus lágrimas en tierra.
Mientras su llanto fúnebre acompañan
con sollozantes himnos las tormentas,
la casta luna en Occidente asoma,
como triste beldad, á sus almenas.
Es la pálida virgen de alba frente,
soñadora de trágicas leyendas,
que al rumor de los salmos de la noche
se incorpora en su lecho de azucena.
Dulce hermana del duelo solitario,
ilumina las noches de las penas
y perfuma las almas doloridas,
con sus besos de lánguida tristeza.

Escuchar en los místicos arrullos,
y leves himnos de las hojas secas,
el adiós de la vida que fenece
es la misión augusta del poeta.
Esa voz de dolor deja en su pecho
heces de hiel y lágrimas acerbas,
como el hondo suspiro de la madre
que entre sus brazos reclinóse muerta.
De la oscura plegaria que á los cielos
se eleva moribunda de la tierra
cuando en lecho de brumas otoñales
reclina tristemente la cabeza
al modular las discordantes rimas
es, á la vez, intérprete y profeta.
Como el seno fecundo languidece,
agotando la sangre de sus venas,
cuando rompe su cárcel el capullo,
germen de la amorosa primavera;
así muerta la flor de su alegría,
exangüe y triste, pero amante y bella,
al desprender sus codiciados frutos
desfallece también naturaleza.
El opaco celaje de las brumas
tiende sus sombras fúnebres é inmensas,
mientras el cierzo en la arboleda gime,
como el pesar en las heridas cuerdas.
Empañando sus láminas de plata
se derrumba el arroño por las quiebras,
como rauda corcel que en el combate
nevadas crines con orgullo ondea.
Es la fiera pasión que se desborda
con bramidos indómitos; la inmensa
rebelión de la sangre que colora
el rostro de la candida inocencia.

El ángel que en la noche nos visita
y en los dormidos párpados nos besa,
en el pálido nimbo de su frente

tiene una cifra misteriosa y bella.
Sueño es su nombre; con nevadas plumas
rasga el zafir de la mansión etérea
y en nuestra sien sus mágicas visiones
ciñe cual sarta de brillantes perlas.
Sus manos cortan del Edén las flores
para las almas vírgenes; con ellas
ciñe sus frentes, y al divino arrullo
cierra el mortal sus párpados y sueña.
En seno de marfil reposa el niño
y enamorados besos le calientan;
en su choza el pastor, que hunde su frente
en los blandos vellones de la oveja.
Puro es su aliento, y sosegado exhala
del amor la fragante primavera.
Tierno su casto corazón, sin dolo,
y rosados sus labios sin blasfemia.
¿Por qué al borde florido de esa cuna
llega el soplo de horrisonas tormentas
y marchita la rosa de sus sueños
al lodo cae, como las hojas muertas?

Como sus flores el amor deshoja,
así destruye su ilusión la ciencia;
trueca la augusta inspiración en sueño
y en deleznable polvo la materia.
Al tocar de su templo los umbrales,
ver me figuro la inscripción siniestra:
«Soy mansión de dolores infecundos,
Lloradas ruinas é ilusiones muertas.
Aquí nostalgias la inocencia gime,
la fe sucumbe y el amor se hiela;
con máscara de flor se abre el abismo
y con arcos de luz la noche eterna.
El numen por mis ámbitos avanza
dando á los vientos su elegía inmensa,
y el indómito genio lucha en vano
retorciendo sus músculos de atleta.

Alza las losas fúnebres del mundo
y en la tumba de Nínive penetra,
mientras el sol de los desiertos baña
desenterrados pórticos y almenas.
Nombres oscuros, que arrojó al olvido
con brutal pesadumbre la materia;
alardes fieros de ambición insana;
tristes dogmas, quiméricas leyendas
surgen del polvo en que nacieron, mudos
ante el sabio que absorto les contempla,
como reos, sin llanto, á quien ofende
la luz cuando visita su caverna.
¡Sombras desvanecidas! ¡Qué insondable
dolor lleváis al alma que aun conserva,
intacto entre las luchas de la vida
el tesoro inmortal de sus creencias!

De un oscuro dolor sin esperanza
gusta el siglo las lágrimas acerbadas,
y, olvidado de Dios, llama á las tumbas
como al dintel de hospitalaria puerta.
Tal vez allí, junto á la torva imagen
de la ruina brutal, en las siniestras
reliquias de la muerte lucha en vano
por descifrar sus lúgubres problemas.
Y se engaña quizá: surge del polvo
donde la hedionda corrupción fermenta
el átomo dorado de la vida,
fecundo germen de esperanzas nuevas.
Morir y renacer: he aquí el destino
de cuanto el orbe en su amplitud encierra.
No hay un dolor sin fruto, ni suspiro
sin fe, ni tumba sin su flor abierta.
En el fondo sombrío de los mares
teje el rubio coral islas risueñas;
el pez se viste de bruñida plata
y de irisados nácares las perlas.
En el fondo del cielo que se enluta

como un cadáver entre alfombras negras,
el brillante lucero de la tarde
sonrisas de oro sin cesar destella.
Nació como una lágrima de fuego
de los dolores de la noche eterna,
y alegre con los besos de la vida,
ciñe de flor su blonda cabellera.
Dejad al triste su esperanza; siempre
será fecunda la inmortal tristeza,
misterioso crepúsculo del alma
donde asoma la fe, como una estrella.

Fronteriza del reino del olvido,
árbol sin flor, la humanidad se sienta
á recordar con dolorida calma
su feliz y lejana primavera.
Hora tras hora, el desengaño adusto,
con aterido soplo que envenena,
del amor deshojando la guirnalda
llevó consigo sus cenizas yertas.
Medita el hombre en su pasado y mira
en el fondo, sin luz, de su conciencia,
cual truncadas imágenes de un sueño
pálidos restos de ilusiones muertas.
Sólo es eterno su dolor?..... la vida
es imagen tal vez que rauda vuela
a disiparse en el oscuro fondo
de alguna noche absurda, pero inmensa?
¡Oh, no! la negación, la nada informe
es no más que la sombra de la idea,
el ámbito del mundo que florece
y el pedestal del astro que destella.
Es el lienzo do escribe su armonía,
con el rasgo de luz de sus cometas,
el Supremo Poder, que eternamente
añade un son a la infinita orquesta.

Cuando en el fondo de mi ser escucho
el monólogo triste de las penas
que, cual eco lejano de batalla,
adormecido hasta mi pecho llega,
de las hojas del árbol de la vida,
que barren las indómitas tormentas,
me finjo oír el misterioso arrullo
como elegía universal y eterna.
Olvidados suspiros; quejumbrosas
lamentaciones de las razas muertas;
desterrados espíritus, que huisteis
a otra región buscando la ribera.....
¿dónde están vuestros nidos inmortales,
que susurrantes frondas balancean?
Decid qué Paraíso los perfuma,
qué hálitos amorosos los calientan!